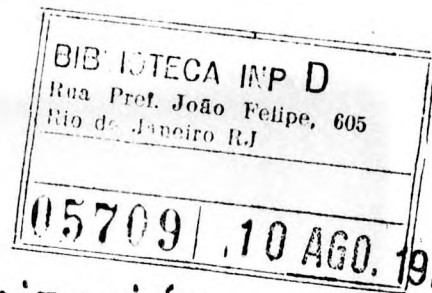


Título: notas sobre la hermanización y sus
implicaciones educativas

Data: 10/08/1977

*Sin Aseo Cultural
para la Libertad
y otros escritos*



notas sobre la humanización y sus

implicaciones educativas

Paulo Freire

La deshumanización aparece como la expresión coherente de una alienación y de una dominación; la humanización, como el proyecto utópico de las clases dominadas y oprimidas. La primera sugiere claramente la idea de preservar el status quo en la acción del hombre sobre la realidad social, la segunda sugiere la idea de transformar radicalmente el mundo de la opresión.

Pienso que es importante subrayar esta relación evidente entre deshumanización y humanización como también el hecho de que las dos ideas antagonistas implican una acción del hombre sobre la realidad sea para preservarla sea para modificarla. Y eso para evitar las ilusiones idealistas, de las cuales una consiste en imaginar que se puede humanizar a los hombres sin la necesaria transformación del mundo en el que ellos están oprimidos e impedidos de llegar a ser hombres. Esa ilusión concuerda con los intereses de todos aquellos que gozan de condiciones de vida favorables y revela claramente la ideología que les sirve de máscara. Es la ideología del confort, del conformismo, de la "recuperación", ideología que se encarna en las instituciones de "asistencia" con las que aquellos, a los que se impide ser hombres son invitados a esperar pacientemente días mejores que tardarán en venir pero que llegarán ciertamente...

No puede haber humanización en un cuadro de opresión como no puede haber deshumanización en una verdadera liberación. Además, la liberación no puede realizarse sin una toma de conciencia por parte de los hombres que se manifiesta en la praxis de los hombres en la historia, y ello implica un juicio crítico de la relación entre conciencia y mundo. Encontramos ahí uno de los puntos fundamentales de las implicaciones educativas que comporta el proceso de humanización, y esto nos pone en guardia contra una nueva imposibilidad que hemos ya subrayado en varios de nuestros escritos: la imposibilidad de que la educación sea neutra. De la misma manera que el combate por la humanización supone la deshumanización como hecho concreto o como amenaza, así también los dos movimientos opuestos suponen una praxis educativa antagonista. Como sujetos que se oponen uno al otro, la humanización y la deshumanización comportan necesariamente obligaciones educativas contrarias. El resultado de este antagonismo es que si el educador opta por una opción humanista, liberadora, no será ya capaz de satisfacer a las obligaciones inherentes al tema de su opción, a menos que su propia praxis no le haga capaz de percibir cuidadosamente las relaciones dialécticas que se establecen entre una toma de conciencia y el mundo, entre el mundo y el hombre.

Educación dominadora, educación liberadora

Fundamentalmente, la principal diferencia entre una educación que obliga a dominar y deshumanizar y una educación que tiende hacia la humanización y liberación, reside en el hecho de que en el primer caso la educación no es otra cosa que un trasferto de conocimientos, mientras que en el segundo caso la educación es un acto de conocimiento. Esas dos obligaciones, fundamentalmente contrarias y que exigen asimismo procedimientos contrarios, se apoyan a su vez sobre las relaciones entre una toma de conciencia y el mundo; y no podría ser de otra manera.

Si la educación aparece como una obligación de dominar, en las relaciones entre la toma de conciencia y el mundo de los hechos objetivos, la conciencia da la impresión de ser(o de deber ser) un recipiente para ser llenado; mientras que para que una educación satisfaga la obligación humanista de liberación, la toma de conciencia debe convertirse en "intencionalidad" sobre el mundo. En una educación dominadora el aspecto positivo de la toma de conciencia, el hecho de conocer como tal, es rechazado.

Es por eso que cuando la educación es concebida como una obligación de dominar, de rechazar el aspecto positivo de la toma de conciencia, esa opción implica la utilización de prácticas que tienden a "domesticarla" y así se hace de la conciencia el recipiente vacío del que se hablaba más arriba. En resumen, la educación o la acción cultural dominadoras no pueden ser otra cosa que el acto mediante el cual el educador -"el que sabe"- transfiere un saber al educando -"el que no sabe".

En este último caso, después de todo, cuando el aspecto positivo de la toma de conciencia llega a ser una evidencia en su investigación por permitir al hombre llegar al conocimiento crítico, tanto la capacidad de re-conocer o de re-crear el conocimiento como de revelar y conocer lo que aun es desconocido, es inmediatamente puesto en evidencia. Si no fuera así si la "concientización" no pudiera ser búsqueda de un conocimiento nuevo, sería imposible explicar el verdadero conocimiento que existe "hic et nunc". Vale decir que todo conocimiento nuevo nace de un conocimiento previo que está envejeciendo.

Así la educación o la acción cultural de liberación, en lugar de ser un transferencia alienante de conocimientos, representa el acto de conocimiento auténtico en el que los educandos -que son también educadores- como seres conscientes en el mundo, progresan conjuntamente con los educadores -que son asimismo educandos- en la búsqueda de un conocimiento nuevo. No estaría demás subrayar que para una educación que quiere ser acto liberador, la tentativa de re-conocer el saber actual no puede jamás coincidir con la manera como concibe la educación dominadora. De ahí la necesidad, a la que hacíamos alusión anteriormente, en función de la cual el educador que elige una opción humanista debe poseer una idea correcta de las relaciones que se establecen entre la toma de conciencia y el mundo, o entre el hombre y el mundo.

Por todo ello la práctica de una educación liberadora debe proponer a los hombres una especie de "arqueología" de la toma de conciencia. A través de ese esfuerzo la toma de conciencia se hace apta a comprenderse ella misma. En el proceso de "hominización", en el curso del cual comienza la reflexión, es posible entrever "el salto individual

e instantáneo del instinto hacia el pensamiento" (Teilhard de Chardin "El fenómeno humano"). A partir de ese momento arcaico la toma de conciencia reflexiva caracteriza al hombre en cuanto animal capaz no solo de conocer sino también de conocer que conoce. Es así que en emergencia la conciencia emerge como "intencionalidad" y de ninguna manera como recipiente a llenar.

La ideología mistificadora contra la conciencia crítica

La percepción crítica del hecho que acabamos de anotar destruye, por un lado, el dualismo simplista que establece una dicotomía imaginaria entre la conciencia y el mundo; por otro lado, corrige el error en el que cae una toma de conciencia ingenua cuando esta última está ideologizada por las estructuras de dominación, error que consiste en considerar la conciencia como un recipiente vacío que hay que llenar con alguna cosa. He ahí la razón por la cual son más numerosos los hombres "anestesiados" en su capacidad de reflexión y más los que se dan cuenta de que están impedidos de liberarse realmente ellos mismos. Al decir eso no pretendemos que el simple uso de la capacidad de reflexión sea suficiente para realizar la liberación. Es claro que esta última exige una acción transformadora de la realidad en el seno de la cual los hombres son oprimidos y deshumanizados. Como no hay verdadera reflexión sin acción y viceversa, las dos operaciones constituyen, en último análisis y sin posibilidad alguna de dicotomía, la praxis real de los hombres en el mundo sin la cual no hay liberación posible.

Es fácil entonces comprender cómo desde el punto de vista de la ideología deshumanizante es indispensable evitar a cualquier precio todo acto a través del cual el hombre toma conciencia de sí mismo como ser que reflexiona y actúa y transforma el mundo. Es de un enorme interés para la ideología el poner en acto la concepción dominante en la que la toma de conciencia aparece como un vacío a ser llenado. Buscando realizar sus objetivos, las élites en el poder afrontan un obstáculo que intentan superar, con más eficacia cada día, utilizando la ciencia y las técnicas a su disposición. Pero como les es imposible destruir o hacer desaparecer en el hombre la capacidad de pensar, hacen entonces de la realidad un mito y condicionan a los hombres por un falso método de pensarse ellos mismos y el mundo.

La "mitificación" (1) de la realidad consiste en hacerla parecer como lo que ella no es. Y esa mitificación implica necesariamente una falsificación de la toma de conciencia. Es imposible falsificar la realidad sin falsificar la toma de conciencia. La una no puede existir sin la otra. Como el proceso de liberación implica esa "arqueología" de la toma de conciencia a través de la cual -como se dijo más arriba- el hombre retoma el sendero natural en función del cual la toma de conciencia emerge como capaz de percibirse a sí misma, asimismo en el proceso de dominación la mitificación implica una otra especie de arqueología, la "arqueología de la irracionalidad". Ello no supone sin embargo el retorno a una forma de vida puramente instintiva sino más bien una distorsión de la razón. El elemento mítico introducido en el proceso no impide al hombre pensar pero le hace difícil el ejercicio de sus facultades críticas precisamente en el momento en que tiene la ilusión de estar pensando objetivamente. La propaganda constituye un instrumento efficacísimo para crear esa ilusión. De esta forma no solamente se exalta la "excelencia" del orden social sino que se hace saber públicamente que todo intento de investigación que ataña al orden social es en sí mismo "un acto subversivo lastimoso para el bien común".

(1) Mitificación : falsificación de la realidad por medio de mitos o creencias.

8.

Y es así como la mitificación conduce a la "sacralización" de un orden social que no debe ser tocado ni discutido. Todos los que intenten hacerlo deben ser castigados en una u otra forma -la intensidad de los castigos es proporcional al grado de oposición de aquellos que rechazan adaptarse al dogmatismo impuesto por el orden opresor- y se exponen a pasar por "malos ciudadanos al servicio del satanismo internacional".

La "sacralización" que representa la domesticación del orden social es tan necesaria a su mantenimiento como la apertura crítica para la sociedad comprometida en una búsqueda permanente de humanización. Naturalmente todo intento de mitificación tiende hacia el totalitarismo, es decir, a inmiscuirse en todos los niveles de la vida humana. Ningun nivel o dominio queda excepto de la falsificación ya que una sola excepción podría convertirse en amenaza contra la sacralización del orden establecido. Es decir que la escuela, a todos los niveles, se descubre como un rol importantísimo a desempeñar: el de instrumento de control social. No es raro encontrar educadores para los que la educación consiste en "adaptar los educandos a sus instrumentos" y en realidad la escuela no hace otra cosa.

Lo que se aprende en la Escuela

En general el buen alumno no es rebelde ni indócil, no presenta ninguna duda, no desea saber el por qué de los hechos, no va más allá de los modelos establecidos, no critica la burocracia "mediocratizante", no rechaza el ser objeto. El buen alumno es el que repite, el que rechaza el pensar crítico, el que se adapta a lo que está mandado, el que "encuentra bueno ser un rinoceronte" (Pete Seeger).

El maestro, que es "divino" en una escuela sagrada y sacralizante, es casi siempre intocable, no solo en su autoridad "mitificada" sino incluso -en buena lógica- físicamente. El alumno no podrá permitirse el gesto afectuoso de poner la mano sobre su hombro. Una intimidad entre mortales amenazaría la distancia que debe necesariamente existir entre el educador y los educandos... Estos últimos finalmente no tienen otra cosa que hacer sino "recibir las materias que el maestro les comunica", impregnadas de la ideología necesaria a los intereses del orden "sacralizado".

Una buena imagen de esa realidad es el poema de Tom Paxton, cantado por Pete Seeger:

Qué aprendiste hoy en la escuela, mi pequeño?

Qué aprendiste hoy en la escuela?

Yo aprendí que Washington nunca ha dicho mentiras

Yo aprendí que los soldados mueren muy rara vez

Yo aprendí que cada uno es libre

Y que lo que el maestro me dice eso es.

Eso es lo que yo aprendí en la escuela hoy

Eso es lo que aprendí en la escuela.

Yo aprendí que los policías son mis amigos

Yo aprendí que la justicia nunca acaba

Yo aprendí que por sus crímenes mueren los asesinos

Aunque nosotros cometemos también alguna falta.

Yo aprendí que nuestro gobierno debe ser fuerte

Tiene siempre razón y nunca se equivoca
Nuestros jefes son los hombres mejores
Y nosotros los elegimos sin cesar.

¿Qué aprendiste hoy en la escuela, mi pequeño ?
¿Qué aprendiste hoy en la escuela ?

Yo aprendí que la guerra no es tan mala.
Yo aprendí algo sobre las más importantes que hemos tenido
Cómo hemos combatido en Francia y Alemania.
Y que un día yo podré probar mi suerte.

He ahí lo que aprendí hoy en la escuela
He ahí lo que aprendí.

Eso podría ser más o menos el poema que millones de niños de diversas partes del mundo podrían recitar si se les preguntara lo que aprendieron hoy en la escuela. Y si por curiosidad se nos ocurriera preguntar a nuestros jóvenes lo que han aprendido hoy en la universidad, sus respuestas no serían menos impresionantes que las del pequeño en el poema de Tom Paxton. Entre otras cosas podrían responder :

Hoy aprendimos en la Universidad que la objetividad de la ciencia implica la neutralidad del hombre de ciencia; aprendimos que el Conocimiento es puro, universal e incondicionado y que la Universidad es la sede de ese Conocimiento.

Hoy aprendimos -aunque expresado en otra forma- que el mundo está dividido entre los que tienen conocimientos y los que no los tienen, o entre los que saben y los que trabajan, y que la Universidad es la casa de los primeros.

Hoy aprendimos que la Universidad es el templo del casto saber y como tal debe permanecer por encima de las preocupaciones terrenas como la liberación de los hombres.

Hoy aprendimos que la realidad es un hecho dado, que es lo que es y que nuestra imparcialidad científica nos permite describirla tal y como es. Para describirla tal y como es no tenemos en manera alguna necesidad de indagar las razones más profundas que expliquen cómo sucedió eso. Y aprendimos también que si nos mezclamos en la denuncia del hecho tal y como se presenta actualmente para descubrirle una nueva forma de existencia, entonces ya no somos hombres de ciencia sino ideólogos...

Hoy aprendimos que el desarrollo económico es un problema puramente técnico : que los pueblos subdesarrollados no son eficientes a veces por la mezcla de razas, a veces por razones de clima y otras veces por su misma naturaleza.

Hoy nos enseñaron que los negros aprenden menos que los blancos porque son intelectualmente inferiores, aun cuando manifiestan capacidades innegables, como por ejemplo su capacidad de correr, de servirse de sus manos y su resistencia física frente al trabajo más agotador.